

Text 1

Hernando Colón: Historia del Almirante (1537/39), Capítulo CIII

[Columbus und seine Leute befinden sich in einer schwierigen Lage: Die Vorräte gehen zur Neige, und die Einheimischen, die sie anfangs reichlich versorgten, sind immer weniger und nur gegen immer höhere Gegenleistungen gewillt, Nahrungsmittel zu liefern. Mit Gewalt vorzugehen wiederum wäre sehr riskant.]

Pero como Dios nunca olvida a quien se le encomienda, como lo hacía el Almirante [= Cristóbal Colón], le advirtió el recurso que debía emplear para estar proveído de todo y fue éste:

Acordóse de que al tercer día había de haber un eclipse de luna, al comienzo de la noche, y mandó que un indio que estaba con nosotros llamase a los indios principales de la provincia, diciendo que quería hablar con ellos en una fiesta que había determinado hacerles. Habiendo llegado el día antes del eclipse los caciques, les dijo por el intérprete, que nosotros éramos cristianos y creíamos en Dios, que habita en el cielo y nos tiene por súbditos, el cual cuida de los buenos y castiga a los malos [...]; que igualmente, en lo que tocaba a los indios, viendo Dios el poco cuidado que tenían de traer bastimentos, por nuestra paga y rescate, estaba irritado contra ellos, y tenía resuelto enviarles una grandísima hambre y peste. Como ellos quizá no le darían crédito, quería mostrarles una evidente señal de esto, en el cielo, para que más claramente conociesen el castigo que les vendría de su mano. Por tanto, que estuviesen aquella noche con gran atención al salir la luna, y la verían aparecer llena de ira, inflamada, denotando el mal que quería Dios enviarles. Acabado el razonamiento se fueron los indios, unos con miedo, y otros creyendo sería cosa vana.

Pero comenzando el eclipse al salir la luna, cuanto más ésta subía, aquél se aumentaba, y como tenían grande atención a ello los indios, les causó tan enorme asombro y miedo, que con fuertes alaridos y gritos iban corriendo, de todas partes, a los navíos, cargados de vituallas, suplicando al Almirante rogase a Dios con fervor para que no ejecutase su ira contra ellos, prometiendo que en adelante le traerían con suma diligencia todo cuanto necesitase. El Almirante les dijo quería hablar un poco con su Dios; se encerró en tanto que el eclipse crecía y los indios gritaban que les ayudase. Cuando el Almirante vio acabarse la creciente del eclipse, y que pronto volvería a disminuir, salió de su cámara diciendo que ya había suplicado a su Dios, y hecho oración por ellos; que le había prometido en nombre de los indios, que serían buenos en adelante y tratarían bien a los cristianos, llevándoles bastimentos y las cosas necesarias; que Dios los perdonaba, y en señal del perdón, verían que se pasaba la ira y encendimiento de la luna. Como el efecto correspondía a sus palabras, los indios daban muchos gracias al Almirante, alababan a su Dios, y así estuvieron hasta que pasó el eclipse. De allí en adelante tuvieron gran cuidado de proveerles de cuanto necesitaban, alabando continuamente al Dios de los cristianos; porque los eclipses que habían visto alguna otra vez, imaginaban que sucedían en gran daño suyo, y no sabiendo su causa, ni que fuese cosa que ha de suceder a ciertos tiempos, ni creyendo que nadie pudiera saber en la tierra lo que pasaba en el cielo tenían por certísimo que el Dios de los cristianos se lo había revelado al Almirante.

Deutsche Übersetzung

Hernando Colón: Geschichte des Admirals (1537/39), Kapitel 103

[Columbus und seine Leute befinden sich in einer schwierigen Lage: Die Vorräte gehen zur Neige, und die Einheimischen, die sie anfangs reichlich versorgten, sind immer weniger und nur gegen immer höhere Gegenleistungen gewillt, Nahrungsmittel zu liefern. Mit Gewalt vorzugehen wiederum wäre sehr riskant.]

Aber da Gott niemals denjenigen vergisst, der sich ihm anempfiehlt, so wie es der Admiral [= Kolumbus] tat, zeigte er ihm das Mittel, das er anwenden sollte, um alles zu bekommen, und das war das folgende:

Er erinnerte sich, dass in drei Tagen bei Anbruch der Nacht eine Mondfinsternis eintreten würde, und hieß einen Indio, der uns begleitete, die ranghöchsten Eingeborenen dieser Provinz herbeirufen und ihnen ausrichten, er habe beschlossen, ein Fest für sie auszurichten, und wolle dort mit ihnen sprechen. Als am Tage vor der Mondfinsternis die Häuptlinge eintrafen, sagte er ihnen mit Hilfe eines Übersetzers, wir seien Christen und glaubten an Gott, der ihm Himmel wohnt und über uns herrscht, der für die Guten sorgt und die Bösen bestraft [...]; ebenso im Hinblick auf die Eingeborenen, dass Gott angesichts ihrer geringen Anstrengungen, uns gegen unsere Bezahlung mit Vorräten zu versorgen, zornig auf sie sei und den Entschluss gefasst habe, eine große Hungersnot und die Pest über sie kommen zu lassen. Da sie das vielleicht nicht glauben würden, wolle er ihnen im Himmel ein eindeutiges Zeichen hierfür geben, damit sie deutlicher die Strafe erkennen möchten, die von seiner Hand über sie kommen werde. Sie sollten also an jenem Abend aufmerksam den Mondaufgang verfolgen und sie würden ihn zornesrot entflammt sehen, als Ankündigung des Übels, das Gott ihnen schicken wolle. Nach dieser Rede gingen die Eingeborenen, manche angsterfüllt, andere in dem Glauben, das sei nur leeres Gerede.

Als sich jedoch der Mond bei seinem Aufgang zu verdunkeln begann und dies mehr und mehr, je höher er stieg, und die Indios dabei aufmerksam zusahen, löste dies bei ihnen so großes Erstaunen und solche Angst aus, dass sie mit gellendem Geschrei von überall her mit Lebensmitteln zu den Schiffen gerannt kamen und den Admiral anflehten, er möge Gott inständig bitten, seinen Zorn nicht gegen sie zu richten, mit dem Versprechen, fortan eiligst alles herbeizuschaffen, was er benötigte. Der Admiral sagte ihnen, er wolle ein wenig mit seinem Gott sprechen; er schloss sich ein, solange die Mondfinsternis zunahm, während die Eingeborenen weiter riefen, er möge ihnen helfen. Als der Admiral sah, dass die Mondfinsternis nicht weiter zunahm und sie bald wieder abnehmen würde, verließ er seine Kammer und sagte, er habe seinen Gott bereits angefleht und für sie gebetet und Gott im Namen der Indios versichert, sie seien fortan gut und würden die Christen gut behandeln und ihnen Vorräte und alles Nötige bringen, und dass Gott ihnen verzeihe und sie als Zeichen der Vergebung sehen würden, wie die Zornesröte des Mondes vergehen werde. Da die Wirklichkeit seinen Worten entsprach, dankten die Indios dem Admiral sehr und lobten seinen Gott die ganze Zeit über bis zum Ende der Mondfinsternis. Von da an waren sie sehr darauf bedacht, die Christen mit allem Nötigen zu versorgen, und lobten fortwährend ihren Gott; da sie von den Mondfinsternissen, die sie dann und wann erlebt hatten, annahmen, sie seien Zeichen großen Unheils, und weder ihre Ursache kannten noch wussten, dass sie immer zu bestimmten Zeiten eintreten, auch nicht glauben konnten, dass irgendjemand auf Erden wissen könne, was sich im Himmel abspielt, waren sie ganz und gar überzeugt, dass der Gott der Christen es dem Admiral offenbart hatte.

Text 2

Augusto Monterroso: El eclipse (1996)

Cuando Fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podía salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable, definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de Los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como un lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo. Tres años en el país le habían conferido un dominio mediano de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo palabras que fueron comprendidas.

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida —Si me matáis —les dijo— puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura. Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén.

Dos horas después el corazón de Fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producían los eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.

Mit freundlicher Genehmigung von International Editors Co. S.L.

Deutsche Übersetzung

Augusto Monterroso: Die Sonnenfinsternis (1996)

Als Bruder Bartolomé Arrazola bemerkte, dass er sich verirrt hatte, sah er ein, dass nichts ihn mehr retten konnte. Der mächtige Urwald Guatemalas hatte ihn gnadenlos und unwiderruflich gefangen. In Anbetracht seiner völligen Ortsunkenntnis setzte er sich ruhig hin, um auf den Tod zu warten. Er war entschlossen, hier zu sterben, ohne jede Hoffnung, völlig allein, in Gedanken ganz im fernen Spanien, vor allem im Kloster von Los Abrojos, in das Kaiser Karl V. sich einmal von seinem Herrschaftssitz herabbegeben hatte, um ihm zu sagen, dass er auf den religiösen Eifer baue, von dem seine Arbeit zur Errettung der Seelen geprägt war.

Als er erwachte, fand er sich umringt von einer Gruppe ungerührt dreinblickender Eingeborener, die sich anschickten, ihn vor einem Altar zu opfern, einem Altar, der Bartolomé wie das Bett erschien, in dem er sich schließlich von seinen Ängsten, von seinem Schicksal, von sich selbst erholen würde.

In den drei Jahren seines Aufenthalts in diesem Land hatte er die Sprachen der Ureinwohner einigermaßen beherrschen gelernt. Er machte einen Versuch. Er sagte einige Worte; sie wurden verstanden.

Daraufhin keimte in ihm eine Idee, die ihm seiner Begabung, seiner umfassenden Bildung und seiner genauen Aristoteles-Kenntnis würdig schien. Er erinnerte sich, dass für jenen Tag eine totale Sonnenfinsternis vorhergesagt war. Und er beschloss im Geheimen dieses Wissen auszunutzen, um seine Peiniger zu täuschen und sein Leben zu retten. „Wenn ihr mich tötet“, sprach er zu ihnen, „kann ich dafür sorgen, dass sich die Sonne hoch oben im Himmel verdunkelt.“ Die Eingeborenen starrten ihn an und Bartolomé entdeckte Argwohn in ihren Augen. Er sah, wie sie sich kurz berieten und wartete mit Zuversicht und einer gewissen Verachtung ab.

Zwei Stunden später verspritzte das Herz von Bruder Bartolomé Arrazola sein Blut in einem kraftvollen Strahl über den Opferstein (der im gedämpften Licht einer verdunkelten Sonne schillerte), während einer der Eingeborenen mit völlig gleichförmiger Stimme und ohne Eile, Datum für Datum, die unendlich vielen zukünftigen Sonnen- und Mondfinsternisse aufzählte, die die Astronomen der Maya-Gemeinschaft ohne die wertvolle Hilfe von Aristoteles errechnet und in ihren Schriften festgehalten hatten.